

## **Violencia urbana y subjetividades victimizantes: sentidos y experiencias organizativas de las víctimas de la inseguridad en Argentina**

Mercedes Celina Calzado

CONICET-Instituto de Investigaciones Gino Germani-Universidad de Buenos Aires

mcalzado@gmail.com

### Resumen

La violencia urbana introduce en América Latina modalidades de narrar las experiencias de victimización. En las sociedades de seguridad se reconfiguran las subjetividades y se redefinen discursos y prácticas políticas individuales y colectivas. Este artículo reflexiona acerca de los modos en que se constituyen los discursos de los grupos organizados de víctimas de la inseguridad en Argentina ¿La experiencia individual define la subjetividad? ¿Ser familiar de una víctima fatal (o no) de la criminalidad establece los parámetros desde los cuales se explica la experiencia? ¿O se ordena a partir de definiciones previas de verdad, conceptos preexistentes que nominalizan el sufrimiento? Desde un conjunto de entrevistas realizadas a familiares de víctimas de la inseguridad, se reflexiona sobre las experiencias que originan un sujeto colectivo atravesado por la violencia urbana. Esta investigación propone una tipología con cinco clases de vocabularios de intervención de los grupos organizados de víctimas de la inseguridad: colectivos tópicos, colectivos categóricos, colectivos de cercanías, colectivos “manzaneros” y colectivos mínimos.

Palabras clave: Inseguridad. Víctimas. Subjetividad

Urban violence and victimizing subjectivities: Senses and organizational experiences of insecurity's victims in Argentina

### Abstract

In Latin America, the urban violence process introduced new modes to narrate the victimization experiences. In security's societies, subjectivities are reconfigured. Also, individual and collective discourses, and political practices, are redefined. This paper reflects about the discourses of organized groups of insecurity's victims in Argentina. Does the individual experience define the subjectivity? To be familiar of a victim sets the parameters from which the experience could be explained? Is the experience structured by preexisting concepts? From a series of interviews with relatives of victims of insecurity, this article reflects on the experiences of the collective subject produced by the urban violence. This investigation proposed a typology with five kinds of intervention vocabularies produced by organized groups of insecurity's victims: topical groups, categorical groups, local groups, “manzaneros” and minimum groups.

Keywords: Insecurity. Victims. Subjectivity

## 1. Introducción

En los escenarios de miedo de las sociedades contemporáneas, caracterizados por el temor al delito, se reconfiguran las subjetividades y se redefinen los discursos y las prácticas políticas. La victimización en torno de la violencia urbana es, quizás, uno de los tipos de narración más repetidos en la cotidianidad de América Latina. La forma en que se recrea el sentido de la experiencia<sup>1</sup>, los discursos producidos por los sujetos y los modos de colectivización que se producen, forman parte de la búsqueda analítica de este artículo.

“¡Yo digo, basta de miedo! Porque como me pasó a mí, le puede pasar a cualquiera”, proclama Estela, madre de Franco —un joven asesinado en la localidad bonaerense de Monte Grande, en Argentina—. La vulnerabilidad rebasa al sujeto y se transforma en acto. En el tránsito por el sufrimiento se reconfiguran las subjetividades. Luego de ser castigado por el crimen (o por el miedo al delito), el sujeto se envuelve en una certeza: es víctima. Se zambulle en un colectivo que le permite, de alguna manera, conjurar su dolor, su temor. Una identidad (de la que todos somos parte por la simple posibilidad de serlo) que brega por ser tal a partir del aumento de los índices delictivos producido en Argentina en los últimos 15 años.

El temor a ser heridos no es necio. Pero la sensación de inseguridad no siempre desfila junto al aumento de los índices delictivos (Kessler, 2009). Si bien las denuncias de la totalidad de hechos delictivos ha registrado un aumento desde mediados de la década del noventa, Argentina sigue siendo uno de los países latinoamericanos con la menor tasa de homicidios dolosos: 5.8 homicidios cada cien mil habitantes, según las estadísticas de 2008 de la Subsecretaría de Política Criminal de la Nación.<sup>2</sup> Este dato implica una disminución del 37% entre 2002 y 2008: mientras que en 2002 se produjeron 3.453 homicidios dolosos, en 2008, este número descendió a 2.305. El 64% de estos crímenes se produjo por motivos interpersonales, no por causas vinculadas a la violencia urbana. Sin embargo, el miedo es intenso. La sensación de inseguridad es la más alta del sur del continente. Así lo indican las cifras de una encuesta de victimización realizada en 2008 por la consultora Latin American Public Opinion

---

<sup>1</sup> La experiencia es una noción polisémica, muchas veces utilizada para caracterizar una realidad vivida que excede el propio lenguaje. A la vez, es un concepto configurado por perspectivas teóricas y objetos de indagación divergentes. En este trabajo entendemos “experiencia” como un concepto lingüístico colectivo, que “se halla en el punto nodal de la intersección entre el lenguaje público y la subjetividad privada, entre los rasgos comunes expresables y el carácter inefable de la interioridad privada”, según asegura Martin Jay (2009: 20). Y agrega: “Cuando esas reconstrucciones y relatos de la experiencia se comparten, suelen transformarse en la materia de las identidades grupales” (2009: 20).

<sup>2</sup> Últimas cifras oficiales publicadas en el portal del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de Argentina.

Project (Lapop): en Argentina el 27,47% de los entrevistados se siente inseguro. En términos comparativos, Chile ocupa el segundo puesto con un 22.23% y Uruguay el tercero con un 22%. Las estadísticas oficiales acercan otro dato interesante: estos tres países poseen las más bajas tasas de homicidios dolosos de América —Chile (1,60), Argentina (5,30) y Uruguay (6,60)—. Hemos caído en la trampa del riesgo, sostenía Beck (2000) hace tres décadas. Para el autor alemán, el riesgo es un elemento central en la percepción de las sociedades contemporáneas y la potencialidad de la alarma de un daño tiende a provocar impotencia y parálisis (Beck, 2006). Con la amenaza presente, todo cae bajo el imperativo del evitar y el día a día se vuelve así una “involuntaria lotería de desgracias” (Beck, 2000).

En Argentina, las víctimas de la inseguridad urbana han protagonizado masivos reclamos a las instituciones estatales (Murillo, 2008). La protesta más resonante desde las movilizaciones del retorno de la democracia en la Argentina en 1983 se produjo a raíz del secuestro y asesinato —en marzo de 2004— de Axel Blumberg, un joven perteneciente a sectores sociales medio altos del conurbano bonaerense. Su padre, Juan Carlos, convocó a una movilización que reunió a ciento cincuenta mil personas frente al Congreso de la Nación.<sup>3</sup> El fenómeno de las movilizaciones convocadas por Blumberg es un ejemplo de cómo la percepción de peligro incrementa el sentimiento de impotencia y parece desplegar un nuevo modo de ser ciudadano. Para intervenir socialmente por momentos es preciso posicionarse como víctimas de algo o de alguien. Ahora bien, ¿la experiencia individual define la subjetividad? ¿Ser familiar de una víctima fatal (o no) de la criminalidad establece los parámetros desde los cuales se explica la experiencia? ¿O ella se ordena a partir de definiciones previas de verdad, conceptos preexistentes que nominalizan el sufrimiento? La pérdida individual, inicialmente, puede entenderse como un modo de definir (a posteriori) la construcción de subjetividad.

---

<sup>3</sup> A la vez, sumó un millón y medio de firmas en un petitorio, dirigido al Poder Ejecutivo y Legislativo Nacional, en el que solicitaba modificaciones y ampliaciones en la escala penal en el Código Penal y el Código Procesal Penal de la Nación. Sus movilizaciones se repitieron durante el 2004 con amplias convocatorias y se reprodujeron a lo largo de las principales ciudades de la Argentina. A raíz de esta presión, se introdujeron diez cambios a nivel legislativo. Es interesante, a la vez, recordar que la discusión penal que se produjo en 2004 fue paralela a la puesta en agenda por parte del Poder Ejecutivo de la problemática de los derechos humanos. El 24 de marzo de aquel año, día en que se publicó mediáticamente la muerte de Axel Blumberg y su padre comenzó a clamar “justicia” en los canales de noticias locales, el presidente del gobierno Néstor Kirchner pedía “perdón” en nombre del Estado por el genocidio cometido por la dictadura militar entre 1976 y 1983 en Argentina. El discurso presidencial marcaría un antes y un después en la discusión sobre los derechos humanos y en la puesta en marcha de los juicios por los delitos de lesa humanidad cometidos por la dictadura. Más allá de posibles matices a la hora de analizar el escenario que se abre en 2003 con la asunción de Kirchner —y por qué no a partir del nuevo escenario regional— la tensión entre el discurso de la “seguridad” y el discurso de los “derechos humanos” que se inicia a principios de 2004 trascenderá aquel momento histórico y se extenderá en la arena política local a lo largo de la siguiente década.

En este trabajo entendemos que los contornos del sujeto se delinean en las transformaciones de los mecanismos de poder de cada período histórico (Foucault, 1996). La subjetividad se dispone al interior de la historia, se origina y se reorigina en la coyuntura. Escenario, el contemporáneo, en el que los sujetos se perciben y explican como haciéndose cargo de sí y de sus riesgos. De allí a que, ante la percepción de peligro inminente —y permanente—, crezca el sentimiento de impotencia y se despliegue un modo particular de ser ciudadano: víctimas. “Se es víctima de alguien o de algo que es fácilmente identificable, al que es posible imputar la responsabilidad de nuestra victimización; se es víctima de haber sufrido un daño mensurable antes que de los efectos difusos de una condición generalizada”. Así, “todos y todas podemos devenir víctimas, cualquiera sea nuestra situación social, económica, cultural” (Pitch, 2009: 67). La victimización, entonces, alude a una condición de vulnerabilidad que legitima la protesta (Garland, 2005). “Para poder hablar, protestar, actuar contra y junto a otros es necesario reconstruirse como víctimas” (2009: 67). La unión, por tanto, se transforma en un producto de la desconfianza y el temor.

Desde este marco conceptual y problemático, procuramos avanzar sobre las preguntas que atraviesan este trabajo a partir de diecinueve entrevistas en profundidad a miembros de colectivos de víctimas de la inseguridad de la Ciudad de Buenos Aires y el Conurbano Bonaerense en Argentina en 2009.<sup>4</sup> Estas entrevistas se realizaron a diecisiete miembros de diez ONG y a dos familiares de víctimas sin pertenencia institucional. Estas son voces múltiples, complejas, muchas veces inconexas. Voces paradójicas en las que no buscamos categorías únicas sino discursos plurales y modalidades prácticas que nos acerquen a un espinoso modo de narración del ser en el mundo, de intervención colectiva y de discursividad política. Voces que nos permiten, en las próximas páginas, reflexionar sobre los modos de constitución de los discursos de la victimización urbana.

## 2. Experiencias originarias

### 2.1. Génesis del yo

Ave fénix. Un yo que nace del dolor. Sujetos que se componen a sí mismos a partir de la narración pública de la vivencia familiar de la violencia. Ellos mismos son un “caso”, son la consecuencia de un acontecimiento. Ellos también son la causa: en su percepción de época, si no intervinieran públicamente, la definición de su dolor como “caso” no sería posible. Por eso, el origen de su historia violenta, de muerte, se descubre como el origen de su historia (de vida). Antes y después. Un momento repentino del presente

---

<sup>4</sup> Las entrevistas dieron sustento a la tesis doctoral realizada en el Programa de Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Su desarrollo estuvo apoyado por una beca doctoral otorgada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

que cambia el camino de los protagonistas y transforma vidas mundanas en notoriedades públicas.

En 1936 Benjamin anunciaba la desaparición del narrador. La gente volvía enmudecida de los campos de batalla de la primera guerra mundial y en las tertulias desaparecía el deseo de oír historias. Quizás sólo permanecían mustios susurros proustianos. “Diríase que una facultad que nos pareciera inalienable, la más segura entre las seguras, nos está siendo retirada: la facultad de intercambiar experiencias” (1999: 112). La cotización de la experiencia ha caído, certificaba Debord (2008) quien llegó incluso a garantizar la muerte de los que saben hablar. Pero los muertos hicieron hablar a los vivos. Entre las cenizas de las experiencias, las víctimas anhelan contar una y otra vez su historia. En ninguna de las entrevistas que realizamos para esta investigación preguntamos por los muertos ni por el dolor. Sin embargo, una y otra vez, para empezar el diálogo fue imposible sortear el principio que buscábamos eludir. Seres que nacen en la muerte del ser. Narradores ávidos de contar su experiencia, su historia.

Estela (¿tendrá treinta y cinco?) es la madre de Franco. Estela llegó desde la zona más marginal de la localidad bonaerense de Monte Grande a la céntrica Plaza de Mayo a reclamar seguridad en marzo de 2009. Allí la cruzamos. Contó que vino con las pocas monedas que tenía. Sostenía una bandera confeccionada con una vieja sábana, la pintura negra contorneaba las letras del nombre de su hijo. En las esquinas unas fotocopias con una imagen ampliada de la cara de Franco. Alrededor de las fotografías, un recuadro rojizo remarcaba el rostro de un quinceañero que no sonrío a la cámara.

“Ese día salió dos segundos de casa a dar vueltas con el caballito que paseaba para el vecino. Mi hija gritó: ‘¿Sintieron el tiro?’. Yo no lo había escuchado. Me dijeron que estaba tirado en el piso, cerquita de casa. En ese momento se me bloqueó todo. Vino el patrullero y ellos pensaban que él era un delincuente, pensaba que era el que tiró los tiros. Yo creí que se había caído del caballo, que le había agarrado asma (porque era asmático). No entraba en mi cabeza que le pegaran un tiro ¿Cómo le van a pegar un tiro a Franco? Si Franco no se mete con nadie ¡Quién iba a pensar eso! Con toda la gente lo subimos al coche y lo llevamos a la salita. Cuando llegó allá y la doctora nada más escuchó el ruido del cuello y se dio la vuelta. Yo decía que lo baje, que lo ponga en la camilla, que le dé atención, y no. Lo único que hizo fue así (Estela levanta las cejas y los hombros) y ahí perdí la memoria...”.

La memoria se empaña. Un acontecimiento inesperado, extremo, aterrador irrumpe en la cotidianeidad. Ramona vive en una villa de Castelar, una localidad del conurbano de la Provincia de Buenos Aires. Participa en un grupo de mujeres que se juntan para “buscar

justicia” (Madres y Familiares de Víctimas —Mafavi—). La hermana murió ahorcada, en un suicidio que ella “no se traga”. La noticia, y la inmovilidad:

“Ese día yo estaba yendo a la casa de mi hermano. Cuando estaba en el colectivo, me llama y me pregunta: ¿Dónde estás que murió Isabel? Eso fue todo lo que yo recibí. Y me quedé paralizada”.

No comprenden. Se deslizan las fijaciones discursivas habituales, se vuelven a configurar posiciones ambiguas. Si, como consideran Laclau y Mouffe (2004), los sujetos son puntos de fijación en superficies discursivas que siempre están en movimiento y llegan a constituirse incluso desde la ambigüedad, la irrupción de la muerte determina el movimiento de este modo de entenderse en el contexto. Primero la parálisis, la incompreensión. Luego el orden a través de una nueva categorización de sí y del entorno. Silvia Irigaray es la madre de Maximiliano, uno de los jóvenes asesinados en la “Masacre de Floresta” en la que un ex policía baleó a sangre fría a tres jóvenes el 29 de diciembre de 2001, luego de la caída del Presidente de la Nación, Fernando De la Rúa en Argentina. Silvia es una de las fundadoras de “Madres del Dolor”. Durante la charla relata: “Lo único que sentís es una revolución por adentro. Te parece como que entraste en una burbuja que te saca las ganas de vivir. Pero no podés entender cómo entraste a esa burbuja”. Una burbuja que sólo puede producir desconcierto y soledad. Ramona recuerda “Yo quería hacer la denuncia, me decían que no la haga. No podía hablar de lo que había pasado. Lloraba, me sentía sola. Era una gallina perdida”.

Extraviada, omitida. La intimidad de lo que pasó se transforma en un relato que cambia la cotidianeidad. El conflicto se narra y se unifica en el discurso. El sujeto se conoce a través de sus palabras. En los relatos constitutivos se disponen las condiciones históricas que ubican la narración personal en una subjetividad histórica. La base del conocimiento de sí, reflexiona Foucault (2005), es el resultado de un efecto de superficie que se recupera en la discursividad. Silvia recuerda el cambio en su rutina: “Yo trabajaba en ventas. Nunca más pude agarrar una calculadora. No tenía más ganas de arreglarme. Y Maxi estaba tan chocho con su mamá coqueta... Pero un día dije: No, aunque tenga los ojos tristes igual tengo que maquillarme. Y le empecé a poner mucha fuerza”. Pero el sobreponerse no se logra sin culpa. Silvia también rememora cuando se rió por primera vez, cinco meses después del asesinato de su hijo: “Era mayo de 2002, estaba sola y vi en la tele una pavada de *Mr. Bean*. Me reí, y automáticamente me tapé la boca. Me sentí terriblemente mal y ¡me tapé la boca! —repite—. Después pensé: ¿cómo no me voy a reír?”. La vida, y la culpa.

¿Qué pone en marcha la narración? En esta experiencia repentina se inicia el relato. La dimensión narrativa surge en una primera persona producto de haber experimentado la violencia. El yo narrativo inicia la historia desde el sufrimiento. La vivencia de la inseguridad va constituyendo un marco para poder pensarla y pensarse en ella. Un

marco que define qué se dice, qué se escucha y qué se calla. En el relato irrumpen conceptualizaciones que explican la experiencia. Son víctimas de la inseguridad. Recuerda Nietzsche: “Las verdades son ilusiones de las cuales se han olvidado que son tales” (2008: 33). Se disuelve la imagen inicial de la noción y la experiencia individual se define por la vivencia convertida en “caso”. Son ficciones reguladoras que introducen seguridades en un mundo inseguro: ser víctima. En medio de la muerte: ser. “El olvido del planteamiento del Ser es, en efecto, la condición misma del nacimiento de un pensamiento del mundo, de la historia del ser-en-el-mundo del hombre”, discurre Jorge Semprún (2004: 109). El acontecimiento debe explicarse de manera ajustada a una grilla de definiciones.

La irrupción de la violencia en las cercanías, el golpe al yo, va enlazándose en los discursos individuales con el contexto de miedo. Silvio Dobrila, miembro del grupo Alerta Saavedra, uno de los primeros colectivos de la Ciudad de Buenos Aires que intervienen sobre la seguridad barrial, reflexiona: “Nosotros empezamos en 1995. Éramos gente del barrio, no nos conocíamos, hasta que estalló todo por el asesinato de uno de nuestros vecinos”, aclara. Relata Mirta Pérez, madre de un niño asesinado en un intento de robo: “En 1997 nos asaltan en la puerta de mi casa en Quilmes. Cuando damos marcha atrás con el auto, nos balean y Santi recibe un tiro en la cabeza. Yo era ama de casa. A partir de lo que pasó con Santi empezó a haber un caso detrás de otro”. Son acontecimientos individuales que se explican por el tránsito de vidas que se pierden en territorios violentos. La dimensión privada del dolor se convierte en pública a través —o como resultado— del escenario inseguro. La historia personal de la víctima — analiza Leonor Arfuch (2004)— su subjetividad y singularidad emergen como un caso paradigmático. La vivencia individual, privada, se articula con una problemática y un reclamo público.

El nombre privado se transforma en una consigna pública y desde allí se aúna con la exigencia de justicia. Un nombre que de la boca de la madre, de la palabra cotidiana, se convierte en un mote público: “¿Cómo el nombre de mi hijo podía estar en la tele o en la radio?”, se cuestiona Silvia ¿Cómo se empieza a transformar en una consigna?, nos preguntamos nosotros. Ella evoca: “Para mí era muy fuerte escuchar a toda la gente diciendo ‘Adrián, Christian y Maxi... ¡Presentes!’. Yo decía ‘Pero Maxi es mi hijo’. Era el nombre de mi hijo en boca de miles de personas”. Pita (2007) describe cómo los carteles, las pancartas, las referencias a la identidad de los muertos, pueden ser pensados como epitafios separados de sus tumbas. El epitafio, explica siguiendo un análisis histórico de los actos funerarios, es una inscripción grabada en una placa sobre la tumba que supone el acto de escritura del difunto. Inscripción, conmoción, aturdimiento. Epitafios que funcionan como un grito a los vivos. Muertes escritas,

muerres gritadas. Sin embargo, el asombro que secunda el espasmo inicial debe convertirse en acción.

No cualquiera puede constituirse como esa voz colectiva, deben ser personas con una iniciativa personal que traspasa el acontecimiento. Imprime esta idea Silvio: “Todos los que estamos en esto de alguna forma podemos presidir un consorcio o cualquier clase de grupo. Porque uno es así. Son motores, los llamamos motores, gente con inquietudes que no se conforma con ser espectadores, se involucran”. “La gente —sostiene Mirta— a veces no puede hacer lo que yo hago; se deprimen”. Por eso, quienes se involucran tienen una autoridad que difícilmente pueda evadirse a la hora de discutir sobre la criminalidad. En algunos relatos cobra vida la legitimidad que emana del dolor. Mirta, que se convirtió en diputada nacional a causa de la mediatización del caso, aclara: “Yo sí soy opinión autorizada para hablar de esto. A once años de lo que pasó con Santi, he demostrado trabajo, una conducta pareja, una línea y un camino. Yo voy por la calle y me saluda todo el mundo”. Certezas. Identificación de un sujeto cuyo origen es ajeno, aunque familiar. La identidad oculta que la ajenidad del origen de la identificación. La evidencia del sujeto y la certeza de autodefinirse como víctima le posibilitan constituirse como tal en un espacio temporal y en un contexto social.

Una identidad cuya legitimidad es adquirida en los vacíos. Los cuerpos de los ausentes, sus imágenes en pancartas roídas por el sol, humedecidas por alguna inesperada y derrotada garúa. Las corporalidades de los presentes tomando con tenacidad a los muertos. Los nombres de los ausentes gritados una y otra vez al viento. La luz la encienden los que no están. La identidad de una imagen que marca el paso del porvenir. “Franco iba a la escuela, había pasado noveno grado, bailaba hip-hop cristiano para que los chicos no estén en la calle”, reconstruye Estela. Por él sale a pedir justicia. Un nuevo tipo de aprendizaje de intervención, de demanda de derechos. Derechos que cuestionan al sistema normativo. Cuestionamiento que se endurece si el pedido es por la redefinición de castigos y se interpela al Estado. Su injerencia pública se realiza a través de la génesis de un nuevo modo de pensar y de intervenir en lo social. La víctima es la referencia que unifica. Las imágenes de los ausentes reúnen a los vivos.

Por ellos asumen el compromiso. Para las narrativas de las víctimas, “haber pasado” es sinónimo de evitar que vuelva a suceder. Por eso transforman el dolor privado en un reclamo y en una acción pública. “El gran problema es que uno dice me pasó y no puedo mirar al costado. Cuando a mí me pasa soy la víctima número 24. Soy la consecuencia de la falta de compromiso de la sociedad. No podés hacer como si no pasara nada”, asegura Héctor Ibarra, cuya mujer fue víctima de una violación. Son sujetos que como víctimas exigen a la sociedad. “Le puede pasar a cualquier persona. Si me pasó, me tengo que comprometer”, agrega.



Pasar al frente. Arrebatarle las riendas al propio dolor. El paso de un rol expectante y pasivo a tomar la palabra, convertirse en un referente:

“Me acuerdo que en la primera marcha un periodista me dijo: ‘¿Usted no es una de las mamás?’ Le contesté ‘Sí’. ‘Pero entonces usted tiene que ir adelante’. ‘No... no puedo’, le contesté. Necesité varias marchas hasta que pude ponerme adelante. Primero las veía bien de atrás y no sólo donde estaba la última persona sino que yo de ahí necesitaba una distancia de veinte, treinta metros, los escuchaba... No sé qué sentía, si susto... pero sí sé que me taladraba la cabeza que lo nombraran a mi hijo, que gritaran el nombre y que dijeran ‘presente’. Y bueno, después me fui acercando y yo iba con mi mamá, ella cumplió sus 80 marchando por su nieto... Ella me decía ‘hay que ir adelante’. Por el costadito en la vereda muy despacito, fui como pasando gente. Cuando me quise acordar agarré el micrófono y de ahí en más nunca dejé de pelear adelante”.

Por el costadito, sin que nadie lo note, la víctima se plasma como un sujeto con vocablos que narran su historia y se alza como un referente capaz de contar y luchar por otros. Ir pasando gente. Avanzar desde el margen. Agarrar el micrófono. Romper el orden cotidiano. Tomar la palabra. La vida, el camino de la víctima: “Todos los que estamos acá fuimos víctimas. Fue lo que nos movió ¿Cuándo uno se involucra? Cuando lo asaltaron. Entonces, ¿cómo es la mejor forma de ingresar a Plan Alerta? A través del camino de la víctima, primero hay que ser víctima, y yo fui víctima, empecé por el camino de la víctima”, revela Dobrila.

Primero ser víctima, luego definir la identidad colectiva. Narrar la historia individual, hacer nacer el yo víctima. Desde el relato del dolor nominaliza la vivencia. El saber de lo que se es, se define en las relaciones de fuerza de la estructura social. “Sufrir un daño significa que uno tiene la oportunidad de reflexionar sobre el daño, darse cuenta de cuáles son sus mecanismos de distribución, de enterarse de quién otro es víctima de fronteras permeables, violencia inesperada, desposesión y miedo, y de qué manera” (Butler, 2006: 14). De qué manera: el conocimiento de sí se resuelve a partir de las reglas de la narración de la experiencia. Las condiciones políticas y sociales donde se forma el sujeto son la base sobre la cual se disponen las subjetividades y los dominios de verdad. En las narrativas individuales irrumpen las reglas que configuran maneras comunes de designar los hechos. Ya Nietzsche aseguraba que el lenguaje establece los criterios nominalizadores que ayudan a habitar el mundo con orden. Nociones que se entienden a partir de la voluntad de poder del sujeto, de su necesidad de generar leyes que expliquen el exterior, que lo contengan en el mundo. La intuición, la experiencia originaria, se dilucida y se ordena mediante el lenguaje. Se aplica una categoría a la vivencia, y ello permite que el sujeto se olvide de sí como experiencia única y se explique de forma coherente, segura y ordenada. Ante la crisis, el temor al devenir, el

sufrimiento, la imposibilidad de hallar políticas públicas que aplaquen el dolor es necesaria la seguridad del orden subjetivo: juntase con pares del miedo o del sufrimiento, reclamar cambios para que otros “no pasen por lo mismo” o para que “nuestros hijos” no sigan habitando en un mundo hostil, imprevisible y violento.

## 2.2. Génesis del nosotros

El miedo es un gran generador de los relatos colectivos. Su plano difuso disemina el argumento de un yo en la emergencia de un nosotros ¿El temor construye ciudadanía? “¿Qué nos moviliza a todo esto?”, se pregunta Silvio. “Lamentablemente, el miedo. Bah, lamentablemente no, porque vos con el miedo podés hacer muchas cosas, podés encerrarte en tu casa o podés decir cómo construyo algo que contenga ese miedo y que sirva para algo”, aclara. Sin notarlo, Hobbes se cuele en sus palabras. El miedo es un origen, es positividad, es creación. Edificar, levantar los relatos vivenciales del yo. Esfumar el dolor personal en un sentimiento fundante de colectividad. Pasa a predominar un referente constituido por la primera persona del plural.

A través de la focalización del enunciador, el narrador restringe el campo y selecciona la información que desea transmitir desde un foco situado en la primera persona. Una primera persona que transita de la singularidad a la pluralidad. Del ayudarme al ayudarnos: “Somos cinco o seis mamás de acá para allá, siempre las mismas. Nosotras nos vemos, no estamos peleadas, no tenemos protagonismos, nos unen lazos familiares. Cuando empecé en todo esto los otros chicos de esas mamás eran nenes. Yo ahora voy a los casamientos, cumpleaños. Se hizo una gran familia”, relata Linda, la mamá de un joven asesinado. Alicia, una de las fundadoras de Mafavi luego de la muerte de su hermano en un asalto, agrega en una línea similar: “Yo creo que ni tendríamos que existir, nosotras tendríamos que estar cada una en nuestro lugar, haciendo el duelo. Sin embargo estamos corriendo para el uno, para el otro, para el nuestro”. Lo nuestro es lo común. Espósito recorre el significado *communitas* como “el conjunto de personas a las que une, no una ‘propiedad’, sino justamente un deber o una deuda. Conjunto de personas unidas no por un más sino por un ‘menos’, una falta” (2007: 30). La nada. La carencia. “La grieta, el trauma, la laguna de la que provenimos: no el Origen, sino su ausencia, su retirada. El *munus* originario que nos constituye, y nos destituye, en nuestra finitud mortal” (2007: 34). La falta genera los lazos entre los que quedan, los define como un nosotros, los ubica en un lugar *común* desde el cual transitar el ser. Comunidades del miedo. Edificar un nosotros. Cuidar a otros y aprender a contener: “Yo estoy igual que esa nueva mamá que llegó al dolor. Esa mamá en realidad tiene una necesidad enorme de ser abrazada por alguien que está igual que ella”, define Silvia. De eso se trata encontrarse, juntarse con pares del dolor. Silvia explica cómo armaron la Asociación Madres del Dolor: “Nos fuimos juntando y empezamos a tener... a sentirnos bien y a preocuparnos... y empezar a querernos”.

La experiencia produce y se produce en la constitución de la práctica política, en la formación de un relato común. En la palabra cobra carnadura la vivencia. Agruparse es una experiencia que detona como un relámpago en las corporalidades mutiladas y provoca que el sufrimiento se encauce en prácticas: “Nos pasa esto y, en la desesperación, tomo la decisión de ver qué puedo hacer”, recuerda Héctor. Las actividades son una terapia del sufrimiento: “Iba a una radio los sábados a hablar de estos temas, y me pasaban datos sobre marchas pensando que yo era de alguna institución. Pero yo era una simple mamá que trataba de hacer catarsis y de apaciguar mis angustias haciendo estas cosas”, testimonia Linda. La biografía individual se ejercita en las biografías colectivas.

Las palabras de Juan Carlos Blumberg, el padre del joven secuestrado y asesinado en 2004 que convocó a masivas marchas en todo el país, marcan el rumbo de una laboriosidad indeleble: “Después de la autopsia de Axel se hizo el sepelio, los compañeros lloraban y me preguntaban: cuándo me va a tocar a mí. Y decidí luchar por ellos. A partir de ahí le dedico ocho horas diarias a la Fundación”. Praxis constitutivas de institucionalidad: “Muchísima gente me asegura que si les matan un hijo salen con un revólver. Pero yo salí a cambiar lo que quería, y armé una asociación”, aclara Mirta. Algunos grupos parecen disipar la crisis institucional a través de la definición formal de sus propias bases. Asociaciones, fundaciones; ayudar institucionalmente. María Elena Leuzzi, formó la Asociación Víctimas de Violación luego de que su hija fuera víctima de un abuso. Recuerda la trama que la llevó por el camino de la víctima: “El mismo día de la sentencia yo decidí hacer algo. Fue una idea que me dio mi terapeuta. Se me ocurrió armar una ONG. Sabía que no iba a modificar todo, pero por lo menos no me iba a morir sin haberlo intentado”.

“Si existen las ONG es porque no tenemos el amparo suficiente de parte de las instituciones porque si no deberíamos estar en cada una de nuestras casas, llorando a nuestros hijos, haciendo nuestro duelo. Pero no es así, si existimos es porque somos un mal necesario”, detalla Nelly, una de las fundadoras de Mafavi, quien comenzó a reclamar justicia luego de la muerte de su hijo en un asalto. Un mal necesario que debe intervenir y ayudar, para ayudarse. “En este trabajo yo encontré el lugar en la vida, donde dije ‘yo ahora estoy para eso, para contener, para abrazar’”, explica Silvia. Un pie suspendido en el aire que tantea tierra con la asistencia a otros. En las movilizaciones, las víctimas se acercan, se conocen, se reconocen. Se encuentran. Nelly lo narra:

“En las marchas comenzamos a tener contacto con familiares que se acercaban con la foto de su familiar asesinado. Y empezamos a entablar una relación que se fue estrechando, hasta que nos dimos cuenta que, ayudándonos los unos a los otros, lográbamos, no te digo

mitigar el dolor, porque esto es eterno, pero recubrirnos de cierta fortaleza para enfrentar el duelo, el juicio, las investigaciones”.

Existe un contagio en el relato de las víctimas. Los que están afuera quieren acercarse, porque el golpe recibido por uno puede convertirse en un azote de la criminalidad hacia cualquiera. “Empezamos a tocar los timbres de las cuadras vecinas. Al principio nos atendían detrás de la mirilla, de a poquito empezó a pasar al revés: nos venían a buscar porque se dieron cuenta de que el grupo funcionaba”. Si funciona, se organiza, se configura como un colectivo formal que relata desde un nosotros.

En la enunciación se despliegan estrategias discursivas constitutivas de la imagen del enunciador. Parte de esta enunciación define los rasgos de la identidad de los colectivos. Quiénes somos, qué queremos. Los deícticos de persona revelan el posicionamiento del enunciador. Primeras personas que los colocan como parte de un colectivo que observa, juzga y propicia cambios. La primera persona del plural incorpora un colectivo al sujeto de la enunciación. Buscan organizarse para representar esas miles de almas que no tienen voz o que aún no vivieron en toda su dimensión la violencia delictiva.

Silvia recuerda: “El logo nos llevó tardes de mates. Pensamos: es un corazón ¿Roto? En eso coincidimos. Una tenía una medallita de la virgen niña y nos pareció muy tierno. Después yo dije: ‘Ay bueno, pero tiene que tener un poquito de *brushing*’. Y ahí le agregamos la puntita del pelo”, se ríe cómplice. Se reúnen, generan su identidad institucional y empiezan a intervenir: “Nos juntábamos en este lugar [donde se realiza la entrevista, el bar de una cancha de tenis del barrio] y lo llamábamos la Jabonería de Vieytes que es donde se reunían clandestinamente los patriotas en la Revolución de Mayo. Acá siempre estábamos confabulando”, rememora Silvio.<sup>5</sup>

Sufrimiento, femineidad, conspiración. También tesón, perseverancia. “Nosotras — asegura Alicia— nos vemos como hormiguitas tratando de derribar la muralla china, somos quijotescas porque estamos luchando contra los molinos de viento”. Los relatos privados se nominalizan como víctimas de la inseguridad en el plano público. Tamar Pitch (2009) asegura que actualmente estamos sujetos al paradigma de la victimización ¿Dónde aparece el delincuente hasta aquí? Si bien no desaparece la figura del criminal, sí se desdibuja. El arquetipo de las sociedades de seguridad es la víctima. Son subjetividades que se explican por la lucha contra un Estado desaprensivo, impune, ineficaz. Una puja que puede adquirir la dimensión magnánima de la disputa contra los molinos de viento.

---

<sup>5</sup> La “Jabonería de Vieytes” fue una fábrica de jabón ubicada en la Ciudad de Buenos Aires perteneciente a Hipólito Vieytes y Nicolás Rodríguez Peña. Allí se realizaron desde 1809 las reuniones clandestinas de patriotas que proponían una ruptura con la corona española. Estas reuniones darían inicio a la Revolución de Mayo en 1810, momento en el cual en la Ciudad de Buenos Aires (por entonces capital del Virreinato del Río de la Plata) se deponen al virrey Baltasar Cisneros y se pone en marcha la Primera Junta de Gobierno.

### 3. Topografías

Los grupos de demanda pocas veces tienen una constitución organizativa fuerte. No obstante, al enfrentarse con espacios institucionalizados, más aún si son parte del Estado, esta debilidad se convierte en fortaleza: el débil desafía al colosal aparato de la política. El vulnerable, incluso, es capaz de resistirse al miedo para pelear mano a mano con Goliath. La condición de víctima permite el reconocimiento como actor político. La voz pública del dolor privado se percibe como la articulación de sufrimientos colectivos. Las similitudes terminológicas se multiplican, en última instancia, todas son víctimas de la violencia delictiva y apelan a gramáticas de intervención muchas veces análogas: impunidad, castigo, ley. “Ahora tenemos que hablar de los derechos de las víctimas de la inseguridad, esto es un nuevo rubro consecuencia de la falla de la prevención. El concepto de derecho a las víctimas tiene que estar porque la gente tiene cayos golpeando las puertas para buscar justicia”, resalta Aníbal Gómez, fundador de la Red Amparo. Son lenguajes y prácticas que visibilizan la nueva problemática social. Los vocablos penales resuelven la prescripción elemental.

Regularidades aparte, las diferencias también emergen en los mecanismos de la relación que estos grupos establecen con el Estado. Este vínculo teje una identidad y un tipo de participación de los colectivos que permite delinear un intento de tipología. Aquí proponemos una segmentación de los grupos de víctimas de la inseguridad, colectivos heterogéneos circunscriptos a una clasificación alejada de tipos puros. Definimos un mapa con cinco clases de vocabularios de intervención: 1) colectivos tópicos (grupos que intervienen públicamente desde una temática puntual); 2) categóricos (víctimas que se revelan como equipos de intervención integral sobre la seguridad); 3) de cercanías (intervenciones en los límites territoriales); 4) “manzaneros” (trabajo zonal con amplio vínculo político); y 5) mínimos (grupos intrafamiliares). Esta tipología no pretende ser exhaustiva, simplemente busca funcionar como un mapa que deleve la superficie sinuosa por la que transitan los colectivos de víctimas de la inseguridad.

#### 2.3. Colectivos tópicos

“Yo creo que día a día se siguen creando diferentes ONG —admite María Elena— porque los grandes vacíos que tiene el sistema hacen que cada uno desde el lugar que le toca vivir trate de reparar. Yo traté de reparar el tema abuso sexual, otras mamás el tema de accidentes de tránsito, otras el *paco*”. María Elena revela las características centrales de los grupos que intervienen públicamente a partir de demandas temáticas. Además de ella (presidenta de la Asociación Víctimas de Violación, AVIVI), entre los entrevistados podemos ubicar también a Héctor, Presidente de Li-May —Protección contra delitos de Agresión Sexual—.

“La única ONG del país que se ocupa de atender a personas violadas”, versa AVIVI en su página Web. Li-May se presenta como una “asociación civil sin fines de lucro que brinda apoyo, asistencia y asesoramiento gratuito a toda persona que haya sido agredida sexualmente, sin importar sexo, ni edad, ni condición social ni económica”. Intervenciones. Uno: contener y ayudar a víctimas de hechos similares. “Nosotros personalizamos el trabajo y hablamos de igual a igual con la víctima y con el familiar porque primero lo hemos vivido nosotros”, explica María Elena. Dos: denunciar, a los culpables, a los jueces. Tres: reclamar al Estado la modificación de normas vinculadas con la temática. Cuatro: constituirse como expertos mediáticos en el tópico de referencia.

Difícilmente estos grupos contextualicen los casos puntuales en reclamos más amplios. Los vocabularios penales estallan en boca de estos familiares. Los abusadores de la hija de María Elena están presos, igual los de la mujer de Héctor, sin embargo siguen clamando justicia. La impunidad va más allá del castigo. Impunidad es haber pasado por lo que pasaron. El único medio de repararlo consiste en los cambios penales. Y la intervención debe realizarse denunciando a los culpables de otros casos y cuestionando la inoperancia del Estado a través de los medios de comunicación. Estos grupos se juntan con pares tópicos pero de manera desarticulada, cuando la ardua tarea diaria lo permite: “Tenemos diálogo directo con otros grupos. Estamos en contacto. Pero son instituciones que en los tiempos están limitadas porque todos tienen su trabajo y también son acotados y a veces no podemos juntarnos”. “No tenemos mucho tiempo para hacer sociales con otras ONG”, afirma María Elena. Ante todo, la intervención puntual, la definición de los criminales, de los jueces y la visibilización de las normas temáticas que deben ser modificadas para poner punto final al delito del que fueron víctimas. Grupos que empiezan por el huevo, luego vendrá la gallina, luego la pluma: “Todo el mundo pelea por colocarse una pluma más para ser un gran cacique. Y nadie se pone la pluma más chiquita para convertirse en gallina y poner los huevos”, metaforiza María Elena. Pasemos a los grupos que sí disputan la pluma más grande.

#### 2.4. Colectivos categóricos

“Empezamos a querer un poco más que la contención”, aclara Silvia Irigaray de Madres del Dolor. Y continúa: “Pelemos por la sanción de algunos proyectos. Uno es el que tiene que ver con la seguridad vial. También buscamos un registro de ADN”. Representan intervenciones desde demandas políticas que comienzan con casos puntuales y se convierten en peticiones de políticas integrales. Solicitan cambios en política criminal, leyes penales. Suelen constituirse en sectores con herramientas culturales, económicas y sociales más amplias. Es el caso de las víctimas entrevistadas de las Madres del Dolor, la Fundación Blumberg y de AVIDEL, la Asociación de Mirta Pérez.

Las Madres del Dolor pueden ser un modo de entender esta categoría. Es un grupo conformado por víctimas múltiples. Ello puede explicar su búsqueda como un intento totalizador de política criminal. Presidenta: Viviam Perrone, madre de Kevin Sedano, atropellado y abandonado durante un accidente en 2002. Vicepresidenta: Marta Canillas, madre de Juan Manuel, secuestrado y asesinado en 2002. Secretaria: Silvia Irigaray, madre de Maximiliano Tasca, el joven asesinado por un ex policía en 2001 durante la “Masacre de Floresta”. Prosecretaria: Elsa Gómez, mamá de Daniel Sosa, asesinado por un ex policía en 2001 cuando le quiso robar el auto. Tesorera: Isabel Yaconis, mamá de Lucila, una adolescente asesinada el 21 de abril de 2003 en un intento de violación. Vocales: Pompeya Gómez, mamá de Cristian Schaerer, secuestrado en 2003; y Mónica Marcenac, madre de Alfredo Marcenac, asesinado en 2006 por un joven que disparó a mansalva desde un edificio. En la página Web linkear la imagen de cada uno de los jóvenes lleva al detalle de la causa judicial e incluye pormenores que mezclan noticias periodísticas, informes de peritos y cadenas de oraciones propuestas por sus padres.

Todas estas madres son referentes mediáticas fuertes, todas comparten esta característica de alta mediatización personal a partir de la muerte de sus hijos. Y todas coinciden también en la importancia de no pedir sólo “justicia” por sus hijos sino cambios en el conjunto de la justicia y la dimensión político-criminal. Mirta Pérez es otro modo de comprender la acción de los familiares “categóricos”. Ella no sólo logró justicia para su hijo sino que fue una fuerte referencia en los pedidos mediáticos de más seguridad y, gracias a ello, en 2003 se convirtió en diputada Nacional por la provincia de Buenos Aires. Seguridad y más penas. Mirta fundó la Asociación de Víctimas de la Delincuencia, un grupo que maneja, “y a mucha honra”, sólo ella: “Muchas veces me han ofrecido hacer filiales, cosa que nunca acepté, yo quiero saber qué hago y qué manejo. A la Fundación la mantengo yo, me cuesta un huevo”. La presencia en los medios, su fuerte referencia pública, es su principal fortaleza: “Yo no tengo trabajo de distrito, en el sentido de militantes, lo mío no es eso, yo soy yo en mí misma y si desapareciera de los medios, desaparecería a lo mejor, para mí los medios son muy importantes”, reflexiona Mirta y explica la importancia del periodismo, especialmente en estos casos donde no hay sólo una cabeza fuerte sino sólo una corporalidad. Su cabeza y su cuerpo intervienen en soledad pero no por ello de manera puntual. Su terreno de lucha es el sistema en su totalidad. Logró, incluso, ponerse del otro lado y como diputada de la Nación presentar los proyectos que tanto hubiera ansiado como víctima. Todos estos grupos categóricos adquieren una fuerte dimensión institucional. La Fundación Blumberg es la muestra del saber y la *expertise* puesta al servicio de la lucha de las víctimas.

“La vicepresidente es una mujer que trabaja en Bayer y viaja mucho por el mundo. El vice segundo es Esvail, un ingeniero atómico que hizo la central de Atucha. Los Garnil son médicos. Claudia, la que me

lleva la agenda, siempre estuvo vinculada a la educación. Vichara es un profesor que estudió en España lo relacionado a la droga”.

Todos profesionales. Saber/poder. Los petitorios presentados por Blumberg en 2004 firmados por más de un millón de personas (Calzado, 2006), muestran las herramientas diferenciales que administran algunos de los grupos categóricos para reclamar al Estado. No es lo mismo un familiar que llega a Plaza de Mayo con una sábana pintada. Estos grupos categóricos, desde una dimensión del poder y con una experticia particular, intervienen y solicitan cambios de manera integral. De lo grande a lo chico. El petitorio de Blumberg solicita una oficina federal de investigaciones. También de lo chico a lo grande: “Ingaramo, integrante de la Fundación y legislador, presentó el proyecto de ley para que el subte de la línea H, que depende del Gobierno de la Ciudad, tenga un vagón para mujeres y menores de 12 años, para su seguridad”, anoticia la página Web de la Fundación.

De la intervención más puntual hasta la más general, estos grupos generan “propuestas integrales” sobre seguridad. Buscan justicia y leyes. Por eso Blumberg fue candidato a diputado nacional, por eso Mirta Pérez fue diputada nacional, por eso las Madres del Dolor tienen que informar en la *home* de su Web que “no forman parte de ningún partido político”. No puede haber omisión. Estos grupos accionan desde el campo político para intervenir legislativamente de primera mano o trabajan con una articulación tan importante con los poderes legislativo y ejecutivo que deben aclarar el grado de su independencia. Disputan las plumas más grandes.

## 2.5. Colectivos de cercanías

“¿Usted será la próxima víctima?” se pregunta la página del Plan Alerta con una imagen de un hombre tendido sobre el asfalto con una bolsa sobre su cuerpo. Los colectivos de cercanías son vecinos preocupados por la seguridad de otros vecinos. Se despliegan mediante grupos que intervienen barrialmente desde la prevención y el socorro.

*Prevención.* Los colectivos de prevención realizan intervenciones situacionales<sup>6</sup> cercanas a las realizadas por los vecinos del Plan Alerta de Saavedra. La explicación de la página Web es categórica: “Los delitos ocurren por la conjunción de tres elementos: la víctima, el delincuente y la oportunidad”. Por eso, estos grupos más que imprimir vocablos que reclamen políticas amplias, promueven modificaciones puntuales en la vida de las zonas de influencia. Las narrativas de miembros del Plan, como la de Silvio Dobrila, son una buena pauta de estos discursos: “Hay organizaciones que van detrás de leyes más duras. Nosotros los respetamos, pero nuestra intervención es vecinal”. Estas

---

<sup>6</sup> La prevención situacional-ambiental se corresponde con medidas de prevención del delito dirigidas a la intervención sobre el ambiente urbano con el fin de reducir las oportunidades para que se comenten determinados tipos de crímenes. Véase Crawford (1998), Hener (2008), Varela (2009) y Sozzo (2009).



asociaciones funcionan a partir de una perspectiva de red. “Funcionamos como red. Cada una tiene su objetivo, pero siempre hay puntos de contacto. Nosotros no representamos a nadie. Y el tema es explotar esos puntos de contacto”, detalla. Por lo tanto, “Nadie dice: muchachos hay que ir a tal lado. No, nosotros decimos: en tal lado va a haber tal tipo de manifestación que es para tal cosa. Y va el que quiere”. Cuidar de cada uno para cuidarnos todos, sin cabezas ni referentes fuertes, sin plumas. “Nosotros nos planteamos de manera horizontal, porque eso en algún momento crea ansias de poder”, aclara Silvio.

La definición de red hace que la alerta se extienda. El plan también. “Nosotros mandamos información a todos los que la piden. En Foz de Iguazú (Brasil) una persona organizó un sistema parecido y nos pidió un montón de información. Un día me mandó un mail contándonos que estaba funcionando”. Si el miedo se extiende, el formato de los vecinos en alerta también: “La idea es socializar la información, que para cualquiera sea accesible y que dependa de nadie”. De hecho, “el nivel primario es la cuadra, hay satisfacción si hay seguridad. Empezamos en la cuadra... y ahora cuando me preguntan: “¿y cuántas cuadras están organizadas?”, me alegra decir “no tengo la menor idea”.

La seguridad se hace entre todos y no es sólo un bien que debe demandarse al Estado. Dicen los vecinos de Saavedra en su página: “La seguridad no concierne únicamente al Estado, la policía o los servicios privados de seguridad”, más bien hay que “construir una coalición local entre ciudadanos, ONG, instituciones del Estado y Policía que permita el diagnóstico y tratamiento de los problemas de seguridad”. Aclara Silvio:

“Intercambiamos con los funcionarios. Al principio era un poco el tiro al negro porque al pobre funcionario que venía los vecinos se lo querían comer crudo. Nosotros decíamos ‘no funciona así. Si tenemos al funcionario y lo sentamos acá, veamos qué podemos lograr’”.

Los mismos que plantean que la relación con el Estado desmoviliza, aseguran que el modo de intervenir es a partir del vínculo con las instituciones. Entonces, los vecinos-víctima apuestan a “hacer más efectivos los patrullajes, a que se use el sistema de tecnología de cámaras, a fomentar actitudes preventivas”. Estas pequeñas intervenciones zonales con articulación estatal se ejemplifican con la cercanía de una radio de patrullaje:

“Con el grupo es más fácil la comunicación... es que del otro lado te escuchan. Antes podías llamar a la comisaría y no te atendían el teléfono. Y logramos que el comisario se diera cuenta que estaba con la radio en una habitación y el teléfono donde llamaban los vecinos en otra. Entonces, si llamaba un vecino para avisar algo tenía que levantarse y después avisar a la radio para que llame ¿Qué hizo el comisario? Puso en la misma habitación el teléfono y la radio”.

Las pequeñas mediaciones en materia securitaria se trasladan a otros trabajos barriales con la misma definición de red y ciudadanía. “Hoy empezamos por esto y mañana queremos más: el asfalto, la inundación, el bache... todo eso se va incorporando al bagaje de temas que nos hacen más ciudadanos. Yo creo que el ideal en una sociedad es que toda la gente participe de los problemas comunes. Son experiencias regeneradoras de tejido social”, define Dobrila. Prevenir es modificar el espacio urbano inmediato.

*Socorro.* La otra modalidad de intervención en las cercanías son los grupos que funcionan como abrigo posterior al delito. La Asociación de Madres y Familiares de Víctimas (Mafavi) es uno de los grupos entrevistados que ingresan en esta parcela. Mafavi se encuentra en la zona bonaerense de Morón-Castelar. Está compuesta por mujeres que se encontraron en las cercanías y saben que otros familiares pueden estar transitando por lo mismo: “Deambulando por fiscalías, comisarías y calles plasmamos lo que hoy nos impulsa a ejercer a través de nuestro dolor, lo que sentimos un deber y un derecho irrenunciable: la búsqueda de la verdad, la defensa de la vida y el anhelo de una sociedad más justa y solidaria”. En la página de la Asociación definen su tipo de intervención. “Mafavi te ofrece ayuda si: sufriste un asalto o un hecho de violencia; perdiste a un familiar en un hecho delictivo; sabés de alguien que ha desaparecido; sabés de mayores adultos en situación de riesgo”. “Mafavi te ofrece: Asesoramiento legal; Ayuda psicológica de forma gratuita”. La asistencia en cercanías se despliega en la publicación de su lugar de atención: “Atiende todos los jueves en la Biblioteca Popular 9 de Julio, Castelar”. María, una integrante, explica:

“Cuando las víctimas son de zona oeste, otras asociaciones nos las envían a nosotros porque es más cerca. Ellos saben que acá hay una ONG trabajando. Trabajamos conectados y nos ayudamos, porque es muy difícil abarcar todo”.

Ante un Estado ausente, la ayuda cercana. Los colectivos de cercanías apuestan a la definición de estrategias de prevención y socorro que recojan el vínculo con el vecino, con pares inmediatos del miedo y del dolor.

## 2.6. Colectivos “manzaneros”

Como en otros tiempos, los referentes zonales siguen siendo actores definatorios de la política. Hoy, muchos se constituyen temáticamente ¿Qué mejor que la seguridad para arrastrar voluntades? ¿Algo más útil que el miedo para aunar a los vecinos encerrados tras las rejas? Estas son las voces que se alzan desde los referentes políticos locales que constituyen su liderazgo a partir de gramáticas securitarias. Son “manzaneros”, líderes de sus manzanas que colectivizan sus demandas a través de los problemas barriales de

la seguridad.<sup>7</sup> También intervienen vecinalmente como los colectivos de cercanías pero, a diferencia de ellos, articulan con partidos políticos de manera más o menos ocasional. Los miembros de la Red Amparo (Aníbal Gómez) y Vecinos Alerta de Lomas del Mirador-Valomi (Gabriel Lombardo y Esteban Z.) podrían ser fácilmente identificables con los colectivos de cercanías. Sin embargo, su intervención lejos está de acercar herramientas de prevención del delito vecinal o de asistir a las víctimas barriales. Ellos se asumen desde la vinculación con grupos de la política local. Aníbal cuenta cómo empezó a intervenir securitariamente:

“Con todas las cosas que me pasaron me di cuenta que soy fuerte. Me pregunté: ‘cómo vuelvo a empezar’. Tenía que empezar de cero. Yo soy un tipo muy vendedor, doy oratoria, pero tenía la lengua trabada. Entonces decidí meterme en política para empezar a relacionarme. Primero fui con los radicales y un amigo peronista me dijo: ‘Aníbal vos sos más peronista que radical ¿por qué no te metes con los peronistas de Macri [actual Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires]’? Ahí calcé. Después fui el primer disidente de Macri. Y entre 2002 y 2004 formé este movimiento de expresión vecinal”.

“Fuimos el primer programa que transmitió las reuniones de seguridad de la Comisaría 35 en 1997, ahí avancé en el tema seguridad, vi que se venía. Y empezamos a trabajar con el Gobierno de la Ciudad”, recuerda Aníbal. Ante todo, el referente fomenta la participación barrial desde la temática securitaria:

“Cuesta mucho hacer participar a la gente. Primero pensé en juntar firmas. Después se me ocurrió armar una red ¿Por qué una red? Vas a la comisaría y no te dan pelota por más que seas influyente. Pero cuando vas con una red es distinto. En estas épocas de cambios de estructuras, tienen que venir los cambios de abajo hacia arriba. La red es el comienzo de la participación social, el ciudadano tiene que adquirir responsabilidad, tiene que saber que su protección es el vecino y del vecino hacia él, y eso se va congraciando en la naturalidad del hecho de la simbiosis de confianza y se va extendiendo por manzanas”.

Se van extendiendo por manzanas y fomentan un núcleo de participación comunitaria barrial. “Nosotros hacemos nuestro aporte, abrir un destacamento, fomentar la vida

---

<sup>7</sup> Las denominadas "manzaneras" fueron una estructura femenina de acción social encabezada por Hilda "Chiche" Duhalde, esposa del por entonces gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Eduardo Duhalde. Se puso en marcha a mediados de la década del noventa y se transformó en un engranaje fundamental de la maquinaria electoral que construyó Duhalde de cara a su postulación como presidente de la Nación en 1999 (elecciones que ganaría Fernando de la Rúa). Las "manzaneras", mujeres seleccionadas en las zonas más humildes cada cuatro manzanas, eran las encargadas de repartir comida en los barrios pobres del conurbano bonaerense y de proveer otras herramientas asistenciales, como la articulación con el sistema estatal de salud.

social del barrio, las sendas peatonales, colocar semáforos, asfaltar esta calle de tierra donde los patrulleros no podían circular”, sostiene Gabriel. Bajo la bandera del miedo, se diseminan entre los vecinos y consiguen el néctar de su tarea: información. “Buscamos la participación por manzanas y buscamos información para con ella negociar y tensionar a las autoridades”, explica Aníbal. Se suma el presidente de Valomi:

“Un político no convoca a las doce mil personas como nosotros. Eso tiene valor, porque no les damos un bolsón de comida, la gente va solita, convocado por el boca a boca. Yo saludo a la gente, me presento, escucho los problemas y les propongo: ‘¿Están de acuerdo que hagamos algo tal día? ¿No me van a dejar solo, no?’ Y se va armando”.

“Nosotros tomamos la responsabilidad, unimos voluntades y las asimilamos a un control zonal, hacemos denuncias anónimas, intercambiamos datos con la policía. Con la red pasamos a tener una información que no se comercializa, sino que se usa para ejecutar soluciones para los vecinos”. Información/Saber/Presión/Poder. La gestión de la información zonal es usada para definir un modo de intervención política. El saber sobre el miedo es una carta para entrar en la mesa de juego de la política local.

Los colectivos “manzaneros” van concientizando al vecino sobre sus derechos. Son organizaciones que “abren las mentes”: “Es la democracia participativa, el ciudadano argentino no conoce sus derechos, y los tiene que asumir cuando se meten en la red. Nosotros le abrimos la mente, usted tiene derechos, a senderos seguros, por ejemplo”, afirma Aníbal. Así presenta su ONG: “La Red Amparo Vecinal se creó con el fin de hacer respetar y cumplir los derechos, obligaciones y normas de vida en Seguridad de los ciudadanos conferidos en la Constitución de la Ciudad de Buenos Aires”.

Estos grupos representan al vecino atemorizado y lo concientizan sobre sus derechos securitarios: “La gente que paga los impuestos, el laburante que quiere vivir con seguridad, nos reconoce y los representamos. Estamos siempre a la expectativa y en comunicación con los vecinos, pidiendo mayor inversión en seguridad”, afirma Gabriel. Por eso se constituyen en referencias barriales que reclaman seguridad por todos. Al denunciar muestran prácticas y, en definitiva, eficacia. “Con los vecinos pasa como la miel a la abeja, empezás y después vienen solos, mientras tengas coherencia se acercan. Yo capitalicé eso y tomé el tema de la seguridad como el inicio mediático de la zona”, señala Gómez.

Si es necesario y es redituable políticamente, el trabajo se coordina con el Estado local:

“Ellos se suman. El Gobierno de la Ciudad hace encuestas con la base que le doy yo. Nosotros somos formadores de redes, incentivamos a los vecinos, les damos información. Estamos tomando una referencia

y representamos la problemática de seguridad vecinal en la Legislatura”.

Lo importante es cosechar: “Cuando aparecen hechos importantes, yo los cosecho”, revela Gómez. “Nosotros somos unos tirabombas —asegura Gabriel— porque denunciarnos y después suceden las cosas”. “Ese —asegura— es el as de espadas, donde la gente se siente acompañada. Somos fuertes en el reclamo”. “La gente —explica— se identifica con lo que hacemos, encuentra un representante social de la seguridad, como a un Dios que le va a solucionar los problemas”. Unir voluntades a partir del miedo.

La agenda periodística delinea el termómetro de la participación social. Apenas se ingresa a la página Web de Valomi se interpela al vecino: “Un crimen tal vez no defina un país. Sí la complicidad e indiferencia de su gente”. El *ciudadano-víctima* debe abandonar la indiferencia, participar. La indignación no está acéfala. Los referentes locales de la seguridad están listos para ponerse al frente de cualquier reclamo zonal. Firmes (con el as bajo la manga) para negociar, por sus vecinos-víctimas, mejoras para el barrio ¡Seguridad! ¡Seguridad! El grito sagrado llega desde los barrios.

## 2.7. Colectivos mínimos

Madres que llevan volantes con las caras de sus hijos y claman ¡Justicia! Familias que llevan banderas caseras. Los familiares de Franco; Linda, la madre de Mariano. Ellos no institucionalizaron sus reclamos y realizan demandas de justicia puntuales. Crean en la impunidad. Crean en la justicia. Tanto en una como en otra. Paradojas. Muchos de ellos tienen a los asesinos de sus hijos tras las rejas, pero la memoria debe seguir brillando. Muchos se convirtieron en referentes televisivos. Pero la impunidad es fuerte. Muchos nunca han visto un posible culpable en el estrado. Tampoco consiguieron una línea en un periódico ni un minuto de aire televisivo.

Son sectores sociales marginalizados. Realizan demandas de justicia por casos puntuales que perciben que no pueden hacer públicos en otras instancias, incluso en la Justicia. Son grupos pequeños que piden a los medios para sentir que su muerte no va a pasar desapercibida. Estela sostenía bien alta la bandera reclamando justicia por su hijo en Plaza de Mayo, cada vez que una cámara se acercaba, incluso ante nuestra mirada intrusa. Las palabras que le robamos con el grabador repercutieron en su percepción como una pequeña compensación.

También entre los grupos mínimos hay sectores medios. Ellos no están en el margen. Pero sus casos fueron marginales. Hoy pueden identificar herramientas de intervención. Conocen los medios. Buscan justicia pero no se institucionalizan. Bajo el signo de la memoria de su hijo, Linda milita otros pedidos de justicia buscando una compensación que no tuvieron para sí mismos. Funcionan como guías, como acompañamientos de los que hoy tienen menos que ellos.

“Los llevé yo, porque los familiares eran de Solano, de Quilmes y nunca pensaron que iba a tener que ir hasta la Capital. Así que la ‘city tour’, como me dicen a mí, enfiló a Retiro para ir a San Martín. Todos me seguían de atrás... Y llegamos todos a la marcha”.

Son guías, acompañantes, asistentes. Buscan cercanías en las lejanías. De San Telmo en la Ciudad de Buenos Aires, donde ella vive, a Solano en el conurbano bonaerense, Linda cuenta:

“Nosotros ayudamos muchísimo a la mamá de Lucas. Imaginate que no hay muchas asistentes sociales que vayan a Solano. Ellos tienen otra nena de doce años. Un drama... En enero les llevé ropa y le regalé a María un almohadoncito de gatos. Ella vio el almohadón, y le dio tal alegría, ¡fue como si le hubiese regalado una Barbie! Ella nunca tuvo nada, imaginate la emoción. Yo siempre trato de acompañar”.

No se pueden quedar quietos por ellos mismos, por sus hijos. Tienen que salir. Abrir el cielo. Mostrar. “Hay muchos familiares que no tienen dinero para movilizarse, están en el conurbano o en las provincias y sus casos no salen en los medios. Lo único que podemos hacer es colgarnos sus fotos y mostrarlas. Cada imagen es una historia de vida, de tragedia, de dolor”, asegura Linda. Los que ya no están pueden acompañarlos. Son fantasmas. Son vidas perdidas. Son dolores presentes. Son imágenes que deben ser vistas. Los grupos mínimos buscan un segundo televisivo. Un instante que coloque el rostro sonriente de su hijo entre cientos de miles de ojos. Una foto que lo evoque. Sólo un recuerdo televisado.

#### 4. Cierre

Entendemos que el temor es una matriz para analizar la modernidad y sus reconfiguraciones sociales. Por ello, al tiempo que abre las puertas de la gestión del futuro, la secularización (el establecimiento del individuo como soberano de sí) pone la incertidumbre en el centro de la escena. Al inicio de este trabajo nos preguntamos acerca del proceso por el cual una experiencia de violencia se vincula con las definiciones de subjetividad contemporáneas. Nos interrogamos a la vez sobre cómo estas experiencias se ordenan a partir de conceptos preexistentes. Los relatos de un hecho privado se comparten y se transforman en una identidad grupal. Aseguramos que la experiencia funciona como un concepto lingüístico colectivo atravesado por una subjetividad históricamente configurada. Recorrimos los modos en que sujetos que vivieron un hecho traumático narran su historia en clave de los escenarios de inseguridad y, desde él, van generando un marco para poder pensar y transmitir sus experiencias.

La individualidad, la primera persona del singular atravesada por una experiencia de dolor, muta en un yo colectivo desde el cual reclama por todos los ciudadanos víctima. El yo de la víctima, en este sentido, se produce en el relato del hecho vivido; la subjetividad se dispone en un contexto de época a medida que se describe el acontecimiento violento y su modo de transitarlo. El narrador no ha muerto. Una identidad social (“soy víctima”, “somos víctimas”), o sea una ficción gramática, que se produce en la intertextualidad en la que se constituye. Un ser-en-el-mundo-violento que debe explicarse a partir de las definiciones brindadas por los pares del dolor.

En las fijaciones discursivas tejidas a partir del sufrimiento, las narrativas victimizantes adquieren un carácter prescriptivo y se convierten en discursos con deseos de moralización. La autoridad de la víctima se legitima socialmente por su experiencia, por su dolor. Los rasgos éticos delinean un enunciador ciudadano-víctima, un sujeto con derechos. Estos colectivos toman la representación de un ciudadano abstracto, temeroso, y se posicionan desde un lugar de disputa de sentido respecto del rol (para las víctimas sin duda pasivo) del Estado. Consideramos que son subjetividades sostenidas en la lucha contra un Estado al que caracterizan como ineficaz, pero sobre el que deben intervenir. En esta réplica, la experiencia del dolor despliega una figura de ciudadano que posee el derecho de reclamar seguridad al mismo Estado que acusa como causa de su desprotección.

El análisis de las entrevistas aquí desplegado hace posible pensar cómo, una vez constituida, la voz pública de la víctima ingresa en una paradoja: en tanto critica al Estado por la falta de protección, lo desafía, lo interpela y busca un tipo de articulación diferencial según cada categoría de colectivos de víctimas esbozadas. La fuerza individual del miedo se convierte en un potencial político colectivizado. La cartografía desarrollada busca aportar al campo de la investigación en ciencias sociales regularidades para comprender el difuso mapa político que componen estos grupos. Es decir, los colectivos recorridos son una aproximación reflexiva a los comportamientos, las prácticas y los discursos de los temores securitarios de la Argentina de los últimos años.

Cada uno de estos colectivos puede cruzarse, articularse y, a veces, intercambiarse. Por momentos, despliegan sus actividades de manera diferencial. Allí encontramos los elementos que definen sus particularidades y hacen posible recorrer un territorio de acción específico, un terreno de intervención recortado y diferenciable. Sin embargo, no debemos olvidar los fuertes lazos que se producen entre estos grupos, los nexos que los colocan bajo un único paraguas: son colectivos securitarios. Cada uno de ellos desarrolla una herramienta de prevención y acción con un fin común. El objetivo que proclaman es evitar que lo que les sucedió a ellos les suceda a otros. Los participantes

se vinculan por la alarma que cotidianamente suena ante la repetición de hechos violentos. Son grupos solidarizados gracias al miedo.

“Tan pronto señalamos la presencia del tema de la autoridad —plantea White—, también percibimos en qué medida las pretensiones de verdad de la narrativa y, en definitiva, el mismo derecho a narrar, dependen de una cierta relación con la autoridad per se” (1992: 33). El derecho a presentarse, a constituirse como un colectivo de identificación categórica que reclama justicia y cambios legislativos, se produce a partir de la existencia de una figura de autoridad fuerte. En conclusión, en el reino de la víctima, la legitimidad de los reclamos imprime una ética cercana al deber; un espacio moralizador que irradia discursividades políticas en busca de la regeneración de un orden social amenazado.

## 5. Bibliografía

- AA.VV., 2001, “Los realistas de derecha en el pensamiento criminológico”, en *Delito y Sociedad. Revista de Ciencias Sociales*, nº 15-16.
- Arfuch, L., 2004, *El espacio biográfico*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Anitua, G. I., 2005, *Historias de los pensamientos criminológicos*, Editores del Puerto, Buenos Aires.
- Beck, U., 2000, “Retorno a la teoría de la sociedad del riesgo”, en *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, nº 30, pp. 9-20.
- Beck, U., 2006, *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Paidós, Barcelona.
- Benjamin, W., 1999, “El narrador”, en *Iluminaciones IV. Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Taurus, Madrid.
- Butler, J., 2006, *Vidas precarias. El poder del duelo y la violencia*, Paidós, Buenos Aires.
- Calzado, M., 2006, “Elementos para el análisis del tratamiento mediático del caso Blumberg”, *Documento de Trabajo*, nº 5, FLACSO Argentina.
- Crawford, A., 1998, *Crime Prevention and Community Safety*, Longman, London & New York.
- Debord, G., 2008, *La sociedad del espectáculo*, La marca editora, Buenos Aires.
- De Marinis, P., 1999, “Gobierno, gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaultianos (O: un ensayo sobre la racionalidad política del neoliberalismo)”, en García Selgas, F., Ramos Torre, R. (comps.), *Globalización, riesgo y reflexividad*.



*Tres temas de la teoría social contemporánea*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

Espósito, R., 2007, *Communitas. Origen y destino de la comunidad*, Amorrortu, Buenos Aires.

Foucault, M., 1996, *Genealogía del racismo*, Altamira, Buenos Aires.

Foucault, M., 2005, *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, Barcelona.

Garland, D., 2005, *La cultura del control. Crimen y orden social en la sociedad contemporánea*, Gedisa, Barcelona.

Hener, A., 2008, “Comunidades de víctimas, comunidades de victimarios: clases medias y sentidos de lo comunitario en el discurso de la prevención del delito”, *Papeles del CEIC*, vol. 1, n° 64, Universidad del País Vasco.

Jay, M. 2009, *Cantos de la experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal*, Paidós, Buenos Aires.

Kessler, G., 2009, *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Laclau, E., Mouffe, C., 2004, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Murillo, S., 2008, *Colonizar el dolor. La interpelación ideológica del Banco Mundial en América latina. El caso Argentino desde Bumberg a Cromañón*, Clacso Libros, Buenos Aires.

Nietzsche, F., 2008, *Sobre verdad y Mentira*, Mil Uno, Buenos Aires.

Pegoraro, J., 2001, “Derecha criminológica, neoliberalismo y política penal”, en *Delito y sociedad. Revista de ciencias sociales*, año 15-16, n° 10.

Pitch, T., 2009, *La sociedad de la prevención*, Ad-Hoc, Buenos Aires.

Pita, M.V., 2010, *Formas de morir y formas de vivir. El activismo contra la violencia policial*, Del Puerto, Buenos Aires.

Reguillo, R., 2000, “La construcción social del miedo. Narrativas y prácticas urbanas”, en Rotker, S., (comp.), *Ciudadanías del miedo*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas.

Semprún, J., 2004, *La escritura o la vida*, TusQuets, Buenos Aires.

Sozzo, M., 2009, “Gobierno local y prevención del delito en la Argentina”, *Urvio. Revista Latinoamericana de Seguridad Ciudadana*, n° 6.

Varela, C., 2009, “Modalidades de apropiación de los espacios públicos y el problema de la “(in)seguridad”: adultas mayores en la Ciudad de Buenos Aires (2004-2008)”, Tesis de doctorado, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

White, H., 1992, *El contenido de la forma*, Paidós, Barcelona.

**Portales Web de las asociaciones de víctimas relevadas disponibles a marzo de 2014.**

Asociación Madres del Dolor: <http://www.marcelaiglesias.com/>

Asociación Marcela Iglesias: <http://www.madresdeldolor.org.ar/>

Asociación Martín Castellucci: <http://www.acmartincastellucci.com.ar>

Asociación Víctimas de Violaciones: <http://www.avivi.galeon.com/>

Fundación Axel Blumberg, por la vida de nuestros hijos:  
<http://www.fundacionaxel.org.ar/>

Plan Alerta Saavedra: <http://planalerta.tripod.com/>

Tragedia de Santa Fe. <http://www.tragediadesantafe.com.ar>

Víctimas de Lomas del Mirador: <http://www.valomi.com.ar/>